

HYBRIS MASCULINA Y ABUSO DE ALCOHOL Y PODER

Juan David González Sánchez
Maestría en Psicología Clínica
Centro Integral para el Bienestar Psicológico S.C. (CIBIPsi)

Palabras clave: masculinidad, abuso de alcohol, abuso de poder,

Resumen

Un día *Hibrys* (la diosa Griega) susurro al oído de los hombres y les dijo: “*Si ustedes me siguen y me adoran, los haré como dioses*”. Ellos le creyeron y la siguieron. Desde entonces los hombres, casi todos, seguimos persiguiendo la misma promesa: buscamos ser como dioses, vamos tras esa ilusión de superioridad masculina.

En la antigua Grecia la *hybris* es un concepto que podría traducirse como desmesura, esa fantochería o frenesí militante y que alude a un orgullo insolente o exagerada confianza en uno mismo; soberbia y prepotencia combinadas que no pocas veces nos lleva a una actitud desafiante, hasta el grado de poner en riesgo la vida propia y la ajena.

Los griegos decían que un hombre caía en *hibrys*, cuando este manifestaba rasgos de un orgullo exagerado. También aludía a un desprecio temerario hacia el espacio personal ajeno unido a la falta de control sobre los propios impulsos, siendo un sentimiento violento inspirado por las pasiones exageradas.

La *hibrys* también se refiere con frecuencia a la violencia ebria de los poderosos hacia los débiles. En la poesía y la mitología, el término fue aplicado a aquellos varones que se consideran iguales o superiores a los dioses. Este endiosamiento, esa fantasía de superioridad (absurda) existe, se mueve, tiene vida, renace y se alimenta cada vez que, los varones nos embriagamos de poder o alcohol, nos llenamos de ese frenesí de enajenación, de ese “néctar” que nos hace sentir por un momento en pequeños dioses.

Las creaciones artísticas y populares reflejan esta masculinidad mitificada donde el alcohol “cumple” con su papel exigido por la sociedad, las tragedia que se realizan por el consumo nocivo

de alcohol otorgan un papel protagónico presentándolo incluso como un instrumento del destino para la celebración y la tragedia.

Hybris masculina y abuso de alcohol y poder

“Cuando tu apenas vas, yo ya vengo”.

“Como no se leer, ni en los letreros me fijo”

“Jalisco nunca pierde, y cuando pierde arrebatá”

“El hambre me tumba pero el orgullo me levanta”

“No vengo a ver si puedo sino porque puedo vengo”

“Si me han de matar mañana que me maten de una vez”

“Yo soy de León, Guanajuato, dónde la vida no vale nada”

Son refranes usuales entre los varones. Pero los hay también que sin ser refranes dan cuenta de lo mismo:

“Haiga sido como haiga sido”

“¿El problema de Chiapas?, n’ombre, eso lo arreglo en 15 minutos”

“Yo tengo poco de Gobernador, pero a lo mejor ya se dieron cuenta que a mí lo que algunos poquitos dicen me vale madre, así de fácil”

Que no son distintas a las que escuchamos cotidianamente. Cualquiera puede poner ocho ejemplos:

“No manejes Juan, mira que andas tomado y vamos con los niños”— Le dice una mujer a su marido.

“No mames vieja, no’ más chocan los pendejos, y yo no soy pendejo”— Contesta él visiblemente alcoholizado.

“¿Así que usted es de Sinaloa, señor?— Le dije a mi compañero de viaje, en un vuelo a Culiacán (no’ más para hacer plática, quién me manda).

¡No joven!, ¡No se confunda!, ¡Sinaloa es mía!” — Acotó aquel.

“¿Y usted de dónde es?— Le pregunte a mi compañero de panel en un Congreso de Adicciones.

“¡Yo soy de donde ponen las garzas, joven”— Me dijo muy regio el regiomontano.

“¿Cómo ve joven?—Me platicaba el taxista que me llevó a una reunión de Inmujeres donde darían a conocer los resultados de la Encuesta de Cultura Institucional con Perspectiva de Género, en el DF. —que’s que mi vieja quiere meterse a trabajar. ¡Ni madres!, le dije yo, si te metes a trabajar cada quien por su lado entonces. Y que todavía me revira la muy #\$\$%& Pero es que es por mi superación como mujer’. A mí no me vengas con esas #\$\$%&, le dije. ¿Cómo ve con esta...?”

Un día, en la oficina entro a trabajar una mujer. Cuando tomó confianza, nos interpelló ‘¿Por qué siguen haciendo sumas si ya existen las multiplicaciones?’ Lo que ella sabía superaba por mucho lo que nosotros, los que decíamos que hacíamos ciencia, sabíamos. La herida al ego masculino debía ser muy fuerte porque pocos días después escuche a mis compañeros platicando, estaban poniéndose de acuerdo a ver quién la embarazaba para que se incapacitara...

“No les explico eso porque su cabecita no alcanza para tanto”— Les dijo un compañero a cuatro compañeras que le cuestionaban sus teorías acerca de la prevención. O lo que es lo mismo “para qué les escribo si no saben leer” como solía decir el abuelo (q.e.p.d.)

“Ser hombre es una bendición de Dios”— Me dijo un joven que asistía a los Grupos Psicoeducativos y de reflexión, uno de los proyectos preventivos de CIJ1.

Conocí un médico en Sudamérica que hizo su residencia en psiquiatría en México. Él me contó la siguiente experiencia: La primera vez que salí a divertirse con sus compañeros, el jefe de residentes me puso un vaso sobre la mesa “Tómatelo” me dijo. “¿Pero qué es?”. “¡Tú tómatela!”. “¿Pero qué es?”. “Es tequila”, me dijo un colega mexicano que iba con nosotros. “Pero es que yo no tomo” repliqué. “¡Por una \$%#&, que te la tomes te digo!” me dijo el jefe de residentes. “Pues no me la voy a tomar”. Apenas termine de decir esto, aquél me aventó el tequila en la cara. “Si no tomas no tienes nada que estar haciendo aquí”. Me levante, me seque la cara y le dije: “Efectivamente, no tengo nada que hacer aquí”.

¹ Se trata de una propuesta para prevenir el abuso de alcohol y la violencia, y está basada en el constructivismo social. Para conocer esta propuesta puede consultar el texto: Fernández, C. y González, JD. *Relaciones y conversaciones para prevenir el consumo nocivo de alcohol y la violencia de simbólica*. Centros de Integración Juvenil, México, 2009.

Y seréis como dioses

Un día Hibrys (la diosa Griega) susurro al oído de los hombres y les dijo: “Si ustedes me siguen y me adoran, los haré como dioses”. Ellos le creyeron y la siguieron. Desde entonces los hombres, casi todos, seguimos persiguiendo la misma promesa: buscamos ser como dioses, vamos tras esa ilusión de superioridad masculina. Si alguien tiene dudas de lo que digo puede consultar el cancionero masculino:

“No tengo trono ni reina ni nadie que me comprenda, pero sigo siendo el rey”.

“Se sentían bien amparados en la Suburban dorada, traía el motor alterado y estaba toda brindada, Arturo dice orgulloso, ni el demonio nos alcanza”.

“Conmigo no andan jugando pa’ que se arriesgan la vida, traigo una super patada y los traigo ya en la mira. Para hablar a mis espaldas para eso se pintan solos, por qué no me hablan de frente [...] ya saben con quien se meten, vengan a rifar la suerte ¡Y échale compa lira, Puro Navojoa, municipio de Guasave”.

En la antigua Grecia la hybris es un concepto que podría traducirse como desmesura, esa fantochería o frenesí militante y que alude a un orgullo insolente o exagerada confianza en uno mismo; soberbia y prepotencia combinadas que no pocas veces nos lleva a una actitud desafiante, hasta el grado de poner en riesgo la vida propia y la ajena.

“Gabino Pérez decía muy macizo en sus razones: Yo también muero en la raya no soy cría de correlones”

“Que bonitos son los hombres que se matan pecho a pecho, cada uno con su pistola defendiendo su derecho”

“Los pistoleros de fama una ofensa no la olvidan y se mueren en la raya no les importa la vida, los panteones son testigos, es cierto no son mentiras”

Los griegos decían que un hombre caía en hibrys, cuando este manifestaba rasgos de un orgullo exagerado. También aludía a un desprecio temerario hacia el espacio personal ajeno unido a la falta de control sobre los propios impulsos, siendo un sentimiento violento inspirado por las pasiones exageradas.

“Te vas porque yo quiero que te vayas, a la hora que yo quiero te detengo”

“Un domingo en San Fernando se encontraron dos mancebos metiendo mano a sus fierros como queriendo pelear, cuando se estaban peleando pues llegó su padre de uno: Hijo de mi corazón ya no te pelees con ninguno. Quítese de aquí mi padre que estoy más bravo que un León, no vaya a sacar la espada, le traspase el corazón”.

Hibrys, ese padecimiento diagnosticado por los griegos que conduce a la ceguera por el orgullo desmedido.

“Nací norteño hasta el tope, me gusta decir verdades, soy piedra que no se alisa por más que talles y talles soy terco como una mula, a donde vas que no te halle”

“No soy monedita de oro pa’ caerles bien a todos, así nací y así soy si no me quieren ni modo. El cielo tengo por techo, no’ más el sol por cobija, dos brazos pa’ mantenerte, y un corazón para tu vida”.

La hibrys también se refiere con frecuencia a la violencia ebria de los poderosos hacia los débiles. En la poesía y la mitología, el término fue aplicado a aquellos varones que se consideran iguales o superiores a los dioses. Este endiosamiento, esa fantasía de superioridad (absurda) existe, se mueve, tiene vida, renace y se alimenta cada vez que, los varones nos embriagamos de poder o alcohol, nos llenamos de ese frenesí de enajenación, de ese “néctar” que nos hace sentir por un momento en pequeños dioses. Y claro, los dioses no iban a quedarse tan tranquilos, ya lo advertía Eurípides, terminan por cobrarse caro tal afrenta de los hombres:

“En Reynosa Tamaulipas los hombres son decididos por eso los recordamos cantándoles sus corridos. Han matado allá en Zacatecas a un federal de caminos. Era de verdad muy hombre, al peligro desafiaba, honor le hacía al uniforme y a la escuadra que cargaba, en la cachas tenía su nombre Javier Peña se llamaba [...] A Javier el valor le sobraba porque era del mero norte”.

“Al pueblo llegó un fulano, que a Martín vino a buscar, pero Martín perdió todo, ya no tenía que apostar. Si quieres mirar mis cartas tienes que pagar por ver. Martín contesta sereno: Te apostare mi mujer. Tenía una mano segura, sabía que no iba a perder... Se destaparon cuatro ases se sintió Martín morir, del juego así son las leyes haya que aprender a sufrir, tenía un pokar de reyes, no había ni que discutir. Martín salió como un rayo y en dos horas regreso, su esposa iba a su lado, todo en silencio quedó...”

Muchas personas piensan que los varones abusamos del alcohol porque tenemos una autoestima baja, una resiliencia baja, percepción de riesgo baja, una baja asertividad, baja la adherencia escolar y baja las habilidades de vida. No lo sé. Yo creo que nuestra autoestima está en su promedio, al igual que nuestra percepción de riesgo y asertividad, y haría falta una báscula para medir el quantum de resiliencia en nuestra sangre. Yo creo que el abuso de poder (la violencia) y de alcohol es un epifenómeno de una subjetividad masculina construida sobre creencias atávicas.

Las creaciones artísticas y populares reflejan esta masculinidad mitificada donde el alcohol “cumple” con su papel exigido por la sociedad, las tragedia que se realizan por el consumo nocivo de alcohol otorgan un papel protagónico presentándolo incluso como un instrumento del destino para la celebración y la tragedia.

“Borracho yo he nacido, borracho yo he crecido y sé perfectamente que borracho he de morir. Culpo yo al destino que me marco el destino que irremediamente yo tengo que seguir”.

“Yo soy el aventurero el mundo me importa poco, cuando una mujer me gusta me gusta a pesar de todo. [...] Yo soy el aventurero puritito corazón. El mundo me importa poco, yo hago de mí lo que quiero [...] Yo juego baraja y sé parrandear, lo mismo les tomo tequila o mezcal, lo mismo pulquito también la champán”.

“Pedro le dice e Fabián, dale un trago a José Luís, que beba de ese mezcal pa’que se sienta feliz que’orita no’ más llegamos, nos vamos a divertir”

“No te importe que venga borracho, a decirte cositas de amor, tu bien sabes que si ando tomando, cada copa la brindo en tu honor”

“Tragos de amargo licor que no me hacen olvidar, y me siento como un cobarde que hasta me pongo a llorar”

“Con el alma herida por un mal cariño que sin condiciones le entregue mi amor, llevo ya dos días en esta cantina, dos días encerrado tomando licor. El mariachi toca y yo sigo tomando y vuelvo a pedirles la misma canción”.

“Estoy en el rincón de una cantina oyendo una canción que yo pedí, me están sirviendo’orita mi tequila, ya va mi pensamiento rumbo a ti. Yo sé que tu recuerdo es mi desgracia, y vengo aquí nomás a recordar, que amargas son las cosas que nos pasan cuando hay una mujer que paga mal”

“Por tu amor que tanto quiero y tanto extraño que me sirvan otra copa y muchas más que me sirvan de una vez pa’ todo el año, que me pienso seriamente emborrachar, si te cuentan que me vieron muy borracho orgullosamente diles que es por ti”.

“Hablando de mujeres y traiciones se fueron consumiendo las botellas, pidieron que cantara mis canciones y yo cante unas dos en contra de ellas [...]. Pudiéramos morir en las cantinas y nunca lograríamos olvidarlas”

“Tómame esta botella conmigo y en el último trago nos vamos, quiero ver a que sabe tu olvido sin poner en mis ojos tus manos, esta vez no voy a rogarte este noche te vas de deverás. [...] Nada me han enseñado los años, siempre caigo en los mismos errores, otra vez a brindar con extraños y a llorar por los mismos dolores... ¡Salucita!”

Podría seguir citándolas de memoria por horas. Seguro, soy hombre. Crecí escuchándolas todas ellas. Por cierto, la letra las obtuve de un disco que compre cuya carátula prometía “canciones para hombres de verdad”

Hoy en día las cosas no son distintas.

“No es que sea el alcohol, la mejor medicina, pero ayuda a olvidar cuando no ves la salida [...] y las nubes se van pero el sol no regresa.”

“El tiempo es el doctor de los dolidos, para sanar las penas que te embriagan, yo siempre me las curo con tequila, oyendo a José Alfredo y al Sabina”

El conocimiento gnómico no dicta cosas distintas:

“Más abrigan buenas copas que buenas ropas”, “Bebé que la vida es breve”, “Con amor y aguardiente, nada se siente”, “Para todo mal mezcal, para todo bien, también”, “¿Quieres conocer a un hombre? Emborráchalo”

Dominación masculina y violencia simbólica

No es distinto para el abuso de poder, no pocas veces disfrazado de amor, hibrys de mi corazón absurdo.

Cuando vayas conmigo no mires a nadie, que tú sabes que yo no consiento un desaire, que me sienta muy mal que tu vuelvas la cara, cuando tienes al lado a quien tanto te ama. Cuando vayas conmigo no mires a nadie, que alborotas los celos que tengo del aire, que me sienta fatal cuando alguien que pasa, por un sólo momento distrae tu mirada. Cuando vayas conmigo, ve apoyada en mi hombro, ve escuchando el latido que lleva mi sangre tan sólo. Cuando vayas conmigo, nada debe importarte que tu mundo se encierre en tu amor y mi amor, cuando vayas conmigo...

Quizás tenga razón quien dijo que somos insensatos los hombres a los que una violencia mistificada acaba por parecerles un derecho. Y también quien dijo que el poder no corrompe, el poder desenmascara.

Ojalá que te mueras [pero que muchachos tan extremos], que se habra la tierra y te hundas en ella, que todos te olviden. Ojalá que te cierren las puertas del cielo, y que todos te humillen, que se llene tu alma de penas y entre más te duelan que más te lastimen. Ojalá que te mueras, que tu alma se vaya al infierno y que se haga eterno tu llanto. Ojalá pagues caro el haberme engañado aun queriéndote tanto. Que se claven espinas en tu corazón si es que aún tienes algo”.

La fuerza del orden masculino se descubre en el hecho de que prescinde de cualquier justificación: la visión adrocéntrica se impone como neutra y no se siente la necesidad de enunciarse en unos discursos capaces de legitimarla. El orden social funciona como una inmensa máquina simbólica que tiende a ratificarla la dominación masculina en la que se apoya. Como ejemplo puedo citar el padre de un amigo que me dice cuando me ve batallar: “Ya cátese joven así ya nomás deja dicho”.

La virilidad, sigue siendo indisociable, por lo menos tácticamente, de la virilidad física, a través especialmente de las demostraciones de propiedad sexual que espera haga el hombre que es verdaderamente hombre. Somos capaces hasta de pedir perdón a cambio de no sentir lastimado nuestra virilidad física, de no ver amenazada lo que consideramos nuestra propiedad sexual.

“De rodillas te pido te ruego te digo que regreses conmigo que no te olvidado, que te extrañan mis manos que muero de ganas por volverte a besar. En las noches despierto gritando tu nombre y me lleno de miedo al pensar que a otro hombre le estarás entregando tus besos tu cuerpo [cuánto sufrimiento, que alguien perdone al pobre hombre] no quiero ni pensar, de rodillas te pido”.

O de abusar del poder que nos da sentirnos amados, y llevar las cosas hasta la trasgresión de los límites razonables.

“Humíllate, pídemme perdón llorando de rodillas. Háblame, dime que sin mí tu vida no es la misma., Implórame que vuelva a besar tus labios con ternura. Ruégame, que vuelva a llenar tu cuerpo de

caricias. Convénceme, que no voy arrepentirme si te quedas esta vez. No vas a fallarme y que lo nuestro va a marchar tan bien [...] Suplícame que tenga piedad de ti, que me conmueva el corazón, pídemme que olvide todo y pídemme otra vez perdón, porque no será tan fácil que te dé otra vez mi amor..... Humíllate, dime que no vales nada que tu mundo he sido yo. Dime que te sientes sola y que te mueres de dolor, que tu vida está vacía y necesitas de mi amor. Humíllate siente lo que yo sentía cuando me dijiste adiós. Húndete en la soledad en la tristeza y el dolor. Humíllate del mismo modo como lo hice yo.

La dominación masculina tiene todas las condiciones para su pleno ejercicio. La preeminencia universalmente reconocida a los hombres se basa en los esquemas inmanentes a todos los hábitos y objetivamente acordados, que funcionan como matrices de las percepciones, de los pensamientos y de las acciones de todos los miembros de la sociedad, incluyendo las mujeres. En palabras de Virginia Wolf: “Las mujeres han servido todos estos siglos de espejos que poseían el poder mágico y delicioso de reflejar la figura de un hombre el doble de su tamaño natural”

Pero cómo no vamos a llevar las cosas al límite, si el abuso de poder y de alcohol han sido emblemas de una virilidad fiduciaria.

Pero como decía la abuela (que Dios la guarde muchos años) “cacarear es fácil y lo difícil es poner”.

“En tu casa no me quieren, porque me vivo cantando, me dicen que soy mariachi y que no tengo pa’ cuando mercarte el traje de novia, que el tiempo te estoy quitando.

Aquí termina el corrido,
ya me voy a despedir,
por tanta dosis de hibrys
miren lo que hacemos decir...

Bibliografía

- El cancionero Picot